

ba de concluir, en las enemistades por él provocadas, en la hermosura que habia robado á su protector natural, ni en su amante real, en el monarca de quien acababa de manifestarse rival, se sentó á calcular los cambios, con todo el celo de un Demoivre; cansóse de esta fastidiosa ocupacion pasada media hora, y no quiso ver al agente celoso que habia empleado en la bolsa, únicamente porque se puso á componer una sátira nueva.

### CAPITULO III.

¡Qué versatil corazón.  
Qué genio inconstante!  
*Los progresos del descontento.*

No hay cosa mas comun en las obras de este género, que el robo de la bella, en la que se supone concentrado el espíritu romancesco; pero el de Adelaida Bridgenorth tuvo de particular que el duque de Buckingham dió la orden para el robo, mas por espíritu de contra-

dicción que por una pasión verdadera. Como la había visitado la primera vez en casa de Chiffinch por el gusto de ir siguiendo las pisadas á su soberano, y no á causa de la impresión que pudiese haberle hecho una hermosura, que aun no conocía sino de oídas, había tambien formado el proyecto de hacer que la robaran sus agentes mas por intrigar contra el rey, Christian, Chiffinch y cuantos en ello se interesaban, que por un deseo decidido de gozar de su compañía teniéndola en su propia casa. Tan verdad era esto, que mas bien experimentó sorpresa que alegría cuando supo el feliz resultado del acto de violencia que la condujo á su casa, aunque seria probable se hubiese entregado á algun exceso de furor si sus órdenes no hubieran podido cumplirse.

Habia ya veinticuatro horas que ella estaba en su casa, y, aunque Jerningham no había dejado de recordarle muchas veces su bella prisionera, no había podido decidirse á desechar su natural indolencia hasta el punto de hacerla una visita, y cuando al fin se determinó,

fué con la repugnancia secreta de aquel á quien nada, sino lo nuevo, puede agradar.

—No comprendo, decia para consigo, lo que ha podido moverme á incomodarme por esta bella, y condenarme á oír las rapsodias histéricas de una Filis campesina, cuya cabeza está llena de las lecciones de su abuela sobre la virtud y la Biblia, cuando, sin tener incomodidad alguna, me era facil tratar con las mugeres mas hermosas y mejor criadas de la capital. Es lástima que no se pueda subir al carro triunfal del vencedor sin tener que alabarse por una victoria, y no obstante esto mismo es lo que hacen nuestros galanes á la moda; pero esto no podia convenir á Buckingham. Vamos, es preciso que yo la vea, aunque no sea mas que por desocupar mi casa. Con todo eso la Portsmouth no querrá que se la ponga en libertad tan cerca de Carlos, tanto como esto teme ella que una nueva bella ate á su carro al viejo pecador. ¿Qué haré pues de ella? Es demasiado rica para que la envíe yo á Cliefden en calidad de ama de llaves. Este es un asunto que debe meditarse.

Tomó el vestido que mas podia realzar las ventajas personales que la naturaleza le habia concedido, atencion que creyó debida á sí propio; en quanto á lo demas, se preparó para ir á ver á su hermosa cautiva con la misma negligencia que se pone para batirse en duelo, si no se tiene un interés mas vivo que el de mantener la reputacion de hombre de honor.

La habitacion destinada para morada de las favoritas que, de tiempo en tiempo, hacian una residencia momentanea en casa del duque, y que gozaban en ella de la misma libertad que permitian las reglas de un convento, estaba separada enteramente del resto de su casa. Vivia él en un siglo donde lo que se llama la galanteria justificaba los actos de perfidia y violencia mas atroces. Puédese dar por ejemplo la catástrofe de cierta actriz desgraciada, cuya hermosura habia encendido los deseos de De Vere, conde de Oxford. No habiendo podido triunfar de su virtud, la engañó con un matrimonio falso; y, aunque ocasionó tal estratagema la muerte de su víctima, se vió recompensado por el buen éxito que habia te-

nido con los aplausos unánimes de los galanes bellos ingenios que llenaban las antesalas de Carlos.

Buckingham habia reunido á lo interior de su palacio ducal todo quanto podia serle util para hazañas de igual clase; y el cuerpo de habitaciones donde iba entonces, ofrecia quanto podia ser agradable á las sultanas que le habitaban voluntariamente, y todo lo necesario para la seguridad que requiere el cautiverio de las víctimas á quienes detenia la fuerza.

Como servia entonces á este último destino, presentó la llave al duque una vieja de capucha y gafas, que estaba sentada leyendo un libro devoto en una especie de recibimiento que servia cual punto de comunicacion entre el cuerpo principal de habitaciones, y el que, por lo comun, se llamaba el convento. Esta dueña tan experta hacia el papel de maestra de ceremonias en estos casos, y era la depositaria fiel de mas intrigas que conocen doce mugeres respetables ocupadas en el mismo negocio.

— Es la pardilla mas linda que se oyó cantar en jaula, dijo ella al abrir la primera puerta.

— Temo que haya pasado el tiempo en llorar mas bien que en cantar, Dowlas, dijo el duque.

— Aun ayer no pudimos oír mas que sollozos, milor, y esto ha durado, para decir la verdad, hasta esta mañana. Pero el viento de la noble casa de Vuestra Señoría es favorable á las aves cantoras, y las cosas van hoy mucho mejor.

— Es un cambio muy repentino, y se me hace muy extraño que la miedosilla haya tomado su partido antes de haber estado yo á verla.

— ¡ Ah! milor, Vuestra Señoría tiene una virtud mágica que se siente por entre las paredes, como dice el Exodo, capítulos 1º y VIIº: « Hiende las puertas y las paredes. »

— Vm. es parcial, señora Dowlas.

— No digo mas que la verdad, milor, y que me vea yo excluida del redil de los corderos sin mancilla, si yo no creo está ella enteramente mudada desde que vive en vuestra casa, ¡ aun en su exterior! Me parece que su talle es

mas cenceño, el andar mas ligero, el porte mas suelto. Finalmente, de cierto, hay un cambio, aunque no puedo decir con exactitud en qué; porque ya sabe Vuestra Señoría que soy tan vieja como fiel, y mis ojos comienzan á debilitarse.

— Sobre todo desde que se los lava vm. con vino de Canarias, señora Dowlas, dijo el duque, quien sabia que la templanza no era una de las virtudes cardinales practicada por la beata.

— ¡ Con vino de Canarias! exclamó la matrona ofendida; ¡ y piensa Vuestra Señoría que yo me lavo con vino de Canarias! Siento mucho que Vuestra Señoría me conozca tan poco.

— Perdóneme vm., señora Dowlas, dijo el duque dándose capiratazos con desden en la manga de la casaca, de que la dueña echara mano en el fervor de su justificacion; perdone vm., me ha desengañado vm. acercándose á mí mas: debí haber dicho con aguardiente, y no con vino de Canarias.

Y al decir esto, entró en el cuarto, amueblado con una magnificencia voluptuosa.

— La vieja, sin embargo, tiene razon, dijo el

orgullosa propietaria de esta espléndida morada; puede acomodarse fácilmente una campesina con una prision como esta. Es una pajarera en que un pájaro semejante puede entrar sin la precision del cebo de un pajarero diestro para atraerle á ella. — Pero ¿donde puede estar esta Filis campestre? Es posible que, al modo que desespera un comandante en defender una ciudad, se haya retirado á la ciudadela, á la alcova, sin tratar de resistir á las avanzadas.

Hablando así, atravesó una antecámara y un comedorecito amueblados con exquisita elegancia, donde se veian algunas pinturas de la escuela veneciana, y entró en un salon cuyo amueblado ofrecia á la vista una magnificencia mucho mayor. Las ventanas estaban guarnecidas con vidrios de colores, por donde los rayos del sol, al medio dia, imitaban las vistosas tinturas que tomaban al ponerse este astro, y, según la célebre expresion del poeta, enseñaban á la luz á fingir la oscuridad.

Buckingham estaba habituado con demasia á ver que todo cedia á sus fantasias y gustos, y,

por eso, no podia ser sensible ni aun á los placeres, mirados por él como un negocio que debia continuar toda su vida. El voluptuoso extragado es como el epicureo que llegó á tal estado de saciedad que nada puede excitar ya su apetito, castigo bastante por haber hecho del comer bien el principal objeto de sus pensamientos y goces. Sin embargo siempre tiene la novedad ciertos atractivos, y la incertitud añade otros nuevos.

La duda en que estaba el duque acerca del recibimiento que se le haria, el cambio de humor que se decia obrado en su cautiva, la curiosidad de saber como una joven, tal como le habian representado Adelaida, le recibiria, atendidas las circunstancias en que se hallaba constituida, excitaba en Buckingham un interés poco ordinario. Hallábase distante de experimentar aquella inquietud que infunde ánimo á cualquier hombre, aun el mas grosero, cuando llega cerca de la dama á quien se propone agradar, y por lo tanto mucho menos el amor mas exaltado, respeto, deseo y admiracion con que el amante verdaderamente ena-

morado se aproxima al objeto amado. Había estado, para servirme del término expresivo, mas que completamente *estragado*, aun desde el principio de su juventud, no siéndole por tanto posible sentir el apresuramiento físico del uno, y aun menos todavía el placer mas sentimental del otro. Lo que aun hace mas deplorable el estado de saciedad y de disgusto, es que el voluptuoso no puede renunciar los placeres. Le es indispensable continuar ya en razon del hábito, ya por sostener su reputacion exponiéndose á los trabajos y peligros que hay en cazar, al paso mismo que no se toma ningun interés por la caza.

Buckingham, pues, en atencion á su fama, que le reconocia como el heroe de tantas intrigas, creyó debia presentarse á Adelaida Bridgenorth con una especie de anhelo. Detúvose á pensar antes de abrir la puerta si representaria el papel de galan ó de apasionado. Bastóle este corto intervalo para dejarle percibir el sonido armonioso de un laud acompañado de la voz aun mas armoniosa de una muger, que sin ejecutar alguna sonata, parecia

divertirse en rivalizar con el sonido argentino de su instrumento.

—Entonces, dijo parasi, una criatura que ha recibido tal educacion, y que tiene el buen talento que se le supone, á pesar de ser campesina, no haria mas que reirse de las baladronadas de un Oroondate apasionado. — Es preciso adoptar en este caso los modales de Dorimant\*. — Estos eran los que usabas tú en otro tiempo, Buckingham. — Ademas de que este papel es mas facil.

Tomada esta resolucion entró en la sala con aquella gracia y garbo de los cortesanos elegantes entre quienes florecia, y se adelantó hácia la bella cautiva, sentada junto á una mesa llena de libros de música, cerca de una ventana medio abierta, cuyas vidrieras de color no permitian entrara mas que una media luz en este soberbio aposento adornado con los mas hermosos tapices de Gobelins\*\*, con magnificos vasos de china y espejos de la mayor

\* Dorimant es el hombre de buen tono (segun el siglo) personaje de la pieza de Etheredge, intitulada: *el Hombre á la moda*. — Ed.

\*\* Fábrica de tapices en Paris.

hermosura. Se le hubiera podido llamar un retrete adornado por un príncipe que esperaba á su novia.

El vestido espléndido de la cautiva era correspondiente al estilo del adorno del cuarto que ocupaba, y tenia cierto gusto oriental que la célebre Rojelana hizo entonces de moda. Un pie pequeño y una pierna muy bien formada que salia por un pantalon de raso liso azul bordado eran las únicas partes de su persona que se pudieran ver distintamente. — Estaba la joven casi cubierta con un velo largo de gasa de plata que producía el mismo efecto que una niebla ligera en buen paisage, dejaba adivinar los hechizos que ocultaba, é inducia la imaginación á subirlos de precio. Se dejaba conocer que todo lo demás de su vestido era del mismo gusto oriental que el velo y el pantalon; un rico turbante, con magnífico tafetan se advertían por los pliegues que formaba el velo en lugar de percibirse por entre su tejido. Todo manifestaba, en este adorno esmerado, por lo menos cierta especie de afectación en una bella dama que se hallaba en situación de re-

cibir una visita hecha con ciertas pretensiones. No se le escapó á Buckingham esta idea, y se sonrió interiormente acordándose de lo que Christian le habia dicho acerca de la inocencia y extremada sencillez de su sobrina.

Adelantóse hácia ella con un aire caballeresco, y como quien parecia persuadido de que la condescendencia en reconocer su falta, es bastante para que se la perdone.

— Bella Adelaida, dijo, reconozco que debo pedir os mil perdonos por el celo indiscreto de mis gentes, que viéndoos abandonada y sin protección al tiempo de una desgraciada pendencia, han tomado á su cargo traer os á casa de un hombre, que sabria exponer su propia vida por librar os de la menor inquietud. ¿Era culpa mia si han pensado debian intervenir para poner os en seguridad; ó si, conociendo todo el interés con que os miro, os han detenido aqui hasta que pudiese venir en persona para tomar vuestras órdenes?

— No os habeis apresurado mucho, mejor, dos días enteros he estado presa, en un descuido total, y abandonada entre mercenarios.

— ¿Qué decís, bella Adelaida, abandonada? ¡por Dios santo! si teneis la menor queja que darne contra cualquiera de mi casa; sea quien fuere le haré salir de ella inmediatamente.

— No tengo queja de vuestras gentes, milor, pero me parece que hubierais podido vos mismo explicar mas antes por qué os atreveis á tenerme aquí arrestada cual reo de estado.

— ¿Y puede dudar la divina Adelaida que si el tiempo, ese cruel enemigo de las mas tiernas pasiones, me lo hubiera permitido, el instante en que habeis pasado el quicial de la puerta de vuestro vasallo, no hubiese sido el mismo, en que se hubiera postrado á vuestros pies el dueño de la casa, que os profesa el mas tierno afecto, y quien desde el momento fatal en que os presentasteis á su vista en casa de Chiffinch, no ha pensado mas que en vuestras gracias peregrinas?

— Con que, ¿debo concluir, milor, que habeis estado ausente, y que no habeis tenido parte alguna en la violencia cometida contra mi?

— Ausente de orden del rey, Adelaida bella, respondió Buckingham sin detenerse, y ocupado en cumplir el encargo que se me habia hecho. ¿Qué podia yo hacer? Al instante en que salisteis, Su Magestad me mandó montar á caballo, y fué preciso obedecer con tanta precipitacion, que no tuve tiempo de quitarme los botines de raso y ponerme las botas. Si os ha ocasionado mi ausencia algo de inquietud, culpado el celo inconsiderado de los que, al verme salir de Londres, casi desesperado por separarme de vos, creyeron, intempestivamente sin duda, pero con buena intencion, que debieron hacer cuanto pudiesen para librar á su amo de la desesperacion, conservando la encantadora Adelaida. ¿Y en qué manos habrian podido ellos confiaros? Aquel á quien habiais escogido por protector está preso ó va huyendo, vuestro padre no está en Londres, vuestro tio ha ido al norte de Inglaterra, vos no hubierais querido volver en casa de Chiffinch: ¿qué asi lo mas conveniente podriais escoger que la casa de un hombre que es vuestro esclavo, y donde siempre reinareis como soberana?



— ¡Como soberana presa! No me agrada semejante soberanía.

— Como fingis no comprenderme, dijo el duque inclinando la rodilla delante de ella, ¿con qué derecho podeis quejaros por algunas horas de cautiverio que no ha tenido nada de rigoroso? ¡vos, destinada á reducir tantos corazones á un estado de perpetua esclavitud! Sed alguna vez compasiva; y quitaos ese velo envidioso, porque solo las deidades mas crueles dan sus oráculos en retiros sombríos. Permitid á lo menos que mi mano temeraria.

— Excusaréos, milor, un trabajo indigno de Vuestra Señoría, respondió la joven con un tono altivo; y, levantándose echó atras el velo que la cubria. — Miradme, milor, dijo al mismo tiempo, y mirad si realmente son estos encantos los que tanta impresion han hecho en vuestra imaginacion.

Miróla Buckingham y produjo en él la sorpresa tal efecto, que se levantó al momento y se quedó como petrificado. La muger que tenía delante no era de la talla de la bella Adelaida, y, aunque muy bien formada, lo pequeño de

todos sus miembros la presentaban como una niña. Su trage se componia de tres ó cuatro jubones de raso bordado, dispuestos de modo que se veian todos uno tras otro y de diversos colores, estaban escotados por delante de modo que descubrian parte del seno, oculto por un collarin del encage mas vistoso. Traia por encima la cautiva una especie de capoton de las mas ricas pieles. Traia puesto como al descuido un turbante de grande hermosura, y dejaba salir bellas trenzas de cabellos negros que hubiera envidiado Cleopatra. El gusto y esplendor de este trage oriental se acordaban perfectamente con la tez de quien le llevaba, porque el color casi era tan oscuro que se la pudiera pensar indiana.

Tenia su fisonomía viva y expresiva un buen precio, á falta de una belleza regular, y los ojos que brillaban como diamantes, y los dientes tan blancos como perlas, no se escaparon á la atencion del duque de Buckingham, pèrito y experto en gracias femeniles. En una palabra, la muger bizarra y singular, que se presentaba tan sin pensar á su vista, tenia uno